

CANTA EL SON DEL VIENTO

en el más violento pico de la sierra;  
canta el son del viento y tiene alaridos de clarín de guerra  
que clava sus flechas de notas agudas en el firmamento,  
como si las garras de muchos leones  
chafasen la seda azul del silencio en los corazones.

Y la voz del viento tiene luego un trémolo vago de violines  
que envuelve la sierra, perfumadamente,  
con el alma lírica de nuestros jardines,  
y hay en los confines  
voces desrayadas de chorro de fuente,  
milagrosas músicas de harpas-rulseñores,  
y parece como que el viento quisiera cubrir los dolores  
y las desnudeces del monte con una cascada de flores...

Y, cuando se inicia en la voz del viento  
la gloria de un claro y sonoro coro  
de campanas de oro,  
un ritmo de alas de acero, isócrono, majestuoso, lento,  
musical y heroico, que atruena los ámbitos, canta la llegada  
del águila símbolo... Como dibujada

2

en el blasón, llega hasta el blanco vértice de la serranía,  
extiende las alas, y hasta se creería  
que estrangula una serpiente derrotada...

=== 11, ===

Y ESTE DÍA SUBO hasta el más violento  
pico de la sierra. Interrogo al águila, y ella me interpreta  
las voces del viento.

Y como soñadas oigo las palabras que dice:

"Poeta,

en la sinfonía del viento palpita  
el coro de todos nuestros héroes: épica y turiferaria,  
apunta a los cielos retorcida y férvida, como la infinita  
columna de incienso de ancestral plegaria.

En sus notas lleva la vieja alabanza que cantó al rey sol  
nuestro abuelo lírico Netzahualcoyotl;  
y el sublime himno sin palabras, de hondas melodías sin fin  
que atropella siglos en el rudo gesto de Cuauhtemoczin,  
el joven abuelo  
que al pie del cadalso rezaba a la Patria: "si el cruel español  
vá al cielo también, no quiero ir al cielo" ..

Y luego las voces de todas las viejas figuras de gesta  
 que en la media noche de la Patria, hicieron de sus corazones  
 providentes lámparas de heroísmo: ésta,  
 derrotando al tiempo, suscita el poema de sus bendiciones;  
 hierática y alba es su erguida testa,  
 y la seda cándida de su mano, rompe las torvas cadenas  
 del tricentenario cautiverio, como rompería un niño  
 un lazo que atara ramos de azucenas...!

Y también la orquesta de abril, metafórica y gallardamente  
 cantando heroísmos en los labios rojos  
 de los héroes niños, sacros agulluchos del alma en los ojos,  
 el beso en la boca y el sueño en la frente  
 y en el pecho un lleno nidal de magnánimos y locos arrojos!

PERO SOBRE TODAS las voces, y sobre  
 el trágico ruido de tantos naufragios y tantos dolores,  
 canta eternamente, sobre las edades, el beso de amores  
 que se dan la Patria y un Héroe de rostro de color de cobre.

Es Juárez, el alto Caballero Andante  
 del Derecho, el fuerte retoño de razas guerreras e inquietas

4

en que el tronco azteca agotó la savia vibrante y anante  
de generaciones de héroes y poetas...

El Campeón broncíneo que heredó las flechas  
y el arco y la maza y hasta las canciones  
de la altiva estirpe de los ancestrales caballeros leones,  
y que todavía, cabalgando estrellas, sigue abriendo brechas  
de amor en los siglos y en los corazones!

El que surgió un día  
de la más profunda noche de anarquía,  
y se dió a su pueblo como un plenilunio que vuelca su alma  
de luz, sobre el ébano de fieras tinieblas y hoscas tempestades,  
y conquistó el iris de las libertades  
para el Pueblo, para la Patria la calma,  
y para su diestra el verdor eterno de laurel y palma.

Quijote de América, absurdo y trigueño  
que revivió un ínclito y ancestral ensueño,  
y al ver a la Madre caída y vejada  
entre la caterva de los extranjeros y de los traidores,  
la acogió a su pecho, y, con la vetusta maza enarbolada,  
que como en el místico milagro se iba cubriendo de flores,  
se fué como en sueños a escribir estrofas para su epopeya  
con sangre y con lágrimas... Las montañas épicas, que copian, pin-  
(tores

5

divinos, los lagos: la flor y la estrella,  
la bestia y el ave, eran sus aliados,  
y hasta Dios estaba con el indio-Símbolo, hijo de conderes,  
pues hasta los santos se hacían chinacos antes que traidores...!

Y un día durmióse en la tierra, para  
despertar en medio del coro de Héroes de veinte naciones;  
pero todavía quedan las lecciones  
de su vida clara:  
con sus viejas flechas  
sigue abriendo brechas  
de amor en los siglos y en los corazones,  
y flota en la cumbre blanca y altanera  
su amor a la Patria, temblando en el viento como una badera..."

=== 1V ===

ENMUDECE EL AGUILA, vértice del monte,  
y como soñada se oye la gloria de un sonoro coro  
de campanas de oro,  
mientras se desmaya la tarde en la seda del vasto horizonte...

-----I-----

CANTA EL SON DEL VIENTO  
en el más violento pico de la sierra;  
canta el son del viento y tiene alaridos de clarín de guerra  
que clava sus flechas de notas agudas en el firmamento,  
como si las garras de muchos leones  
chafasen la seda azul del silencio en los corazones.

Y la voz del viento tiene luego un trémolo vago de violines  
que envuelve la sierra, profundamente,  
con el alma lírica de nuestros jardines,  
y hoy en los confines  
voces de campanas de charro de fuente,  
milagrosas músicas de harpas-releadoras,  
y parece como que el viento quisiera cubrir los dolores  
y las deamudeces del monte con una cascada de flores...

Y, cuando se inicia es la voz del viento  
la gloria de un claro y sonoro coro  
de campanas de oro,  
un ritmo de alas de acero, soberano, majestuoso, lento,  
musical y heroico, que atruena los hábitos, canta la llegada  
del águila símbolo... Como dibujada  
en el blason, llega hasta el blanco vértice de la serranía,  
extiende las alas, y hasta se errecría  
que estrangula una sierpe derrotada...

-----II-----

Y ESTE DIA NUBO hasta el más violento  
pico de la sierra. Interroga al águila, y ella le interpreta  
las voces del viento.  
Y como soñadas oigo las palabras que dice:

"Poeta,

en la sinfonía del viento palpita  
el coro de todos nuestros héroes: épica y turiferaria,  
apunta a los cielos retorcida y férvida, como la infinita  
columna de incienso de ancestral plegaria.

7

En sus notas lleva la vieja alabanza que cantó al ray sol  
nuestro abuelo lírico Netzahualcoyotl;  
y el sublime himno sin palabras, de hondas melodías sin fin  
que atropella siglos en el rudo gesto de Cuauhtemocén,  
el joven abuelo  
que al pie del cadalso rezaba a la Patria: "si el cruel español  
vá al cielo también, no quiero ir al cielo".

Y luego las voces de todas las viejas figuras de gesta  
que en la media noche de la Patria, hicieron de sus corazones  
providentes lámparas de heroísmo: esta,  
derrotando al tiempo, musita el poema de sus bendiciones;  
hierática y alba es su erguida testa,  
y la seda cándida de su mano, rompe las torvas cadenas  
del tricentenario cautiverio, como rompería un niño  
un lazo que atara ramos de amucenas...!

¡Y también la orquesta de abril, metafórica y gallardamente  
cantando heroísmos en los labios rojos  
de los héroes niños, sacros aguiluchos del alma en los ojos,  
el beso en la boca y el sueño en la frente  
y en el pecho un lleno nidial de magnánimos y locos arrojos!

----III----

VIRO SOBRÉ TODAS las voces, y sobre  
el trágico ruido de tantos naufragios y tantos dolores,  
canta sternamente, sobre las edades, el beso de amores  
que se dan la Patria y un Héroe de rostro de color de cobre.

Es Juárez, el alto Caballero andante  
del Derecho, el fuerte retoño de razas guerreras e inquietas  
en que el tronco azteca agotó la savia vibrante y amante  
de generaciones de héroes y poetas...

El Campeón broncíneo que heredó las flechas  
y el arco y la maza y mata las canciones  
de la altiva estirpe de los ancestrales caballeros leones,  
y que todavía, sabalgando estrellas, sigue abriendo brechas  
de amor en los siglos y en los corazones!

8

El que surgió un día  
de la más profunda noche de anarquía,  
y se dió a su pueblo como un plenilunio que vacía su alma  
de luz, sobre el ébano de fieras tinieblas y hoscas tempestades,  
y conquistó el iris de las libertades  
para el Pueblo, para la Patria la calma,  
y para su diestra el verdor eterno de laurel y palma.

Quijote de América, absurdo y triguero  
que revivió un inclito y ancestral ensueño,  
y al var a la Madre caída y vejada  
entre la caterva de los extranjeros y de los traidores,  
la acogió a su pecho, y, con la vetusta maza enarbolada,  
que como en el místico milagro se iba cubriendo de flores,  
se fue como en sueños a escribir estrofas para su epopeya  
con sangre y con lágrimas... Las montañas épicas, que copian, pin  
divinos, los lagos: la flor y la estrella, (tores  
la bestia y el ave, eran sus aliados,  
y hasta Dios estaba con el indio-Síntolo, hijo de condores,  
pues hasta los santos se hacían chinacos antes que traidores...!

Y un día durmióse en la tierra, para  
despertar en medio del coro de Héroces de veinte naciones;  
pero todavía quedan las lecciones  
de su vida clara:  
con sus viejas flechas  
sigue abriendo brechas  
de amor en los siglos y en los corazones,  
y flota en la cumbre blanca y altanera  
su amor a la Patria, tesblando en el viento como una bandera..."

----IV----

REMINISCE EL AGUILA, vértice del monte,  
y como soñada se oye la gloria de un sonoro coro  
de campanas de oro,  
mientras se desmaya la tarde en la seda del vasto horizonte...



CANTA EL VIENTO DEL VIENTO  
 en el más violento pico de la sierra;  
 canta el son del viento y tiene claridos de clarín de guerra  
 que clava sus flechas de notas agudas en el firmamento,  
 como si las garras de muchas leonas  
 chafasen la sola azul del silencio en las coronaciones.

Y la voz del viento tiene luego un trémolo vago de violines  
 que envuelve la sierra, profundamente,  
 con el alma lírica de nuestros jardines,  
 y hoy en los confines  
 voces desmayadas de charro de fuente,  
 milagrosas músicas de harpa-ruedecera,  
 y parece como que el viento quisiera cubrir los dolores  
 y las demandas del monte con una cascada de flores...

Y, cuando se inicia en la voz del viento  
 la gloria de un claro y sonoro coro  
 de campanas de oro,  
 un ritmo de alas de acero, soberano, majestuoso, lento,  
 musical y heroico, que atraen los umbros, canta la llegada  
 del Águila símbolo... Como dibujada  
 en el blasón, llega hasta el blanco vértice de la coronación,  
 estirando las alas, y hasta se errecría  
 que estrangula un alarpe derrotada...



Y CANTA EL VIENTO hasta el más violento  
 pico de la sierra. Interroga al águila, y ella le interpreta  
 las voces del viento.  
 Y como solistas oigo las palabras que dice:

"Poeta,

en la sinfonía del viento palpita  
 el coro de todos nuestros héroes: épicos y turiferario,  
 aguda a los cielos rotocida y férvida, como la infinita  
 columna de incienso de ancestral plegaria.

En sus notas lleva la vieja alabanza que cantó al ray sol  
nuestro abuelo lírico Netzahualcoyotl;  
y el sublime himno sin palabras, de herondas melodías sin fin  
que atropella siglos en el rudo gesto de Cuauhtemoczin,  
el joven abuelo  
que al pié del cadalso rezaba a la Patria: "si el cruzi español  
vá al cielo también, no quiero ir al cielo"..

Y luego las voces de todas las viejas figuras de gesta  
que en la media noche de la Patria, hicieron de sus corazones  
providentes lámparas de heroísmo: esta,  
derrotando al tiempo, suscita el poema de sus bendiciones;  
hierática y alba es su arguida testa,  
y la seda cándida de su mano, rompe las terribles cadenas  
del tricentenario cautiverio, como rompería un niño  
un lazo que atara ramos de azucenas....!

¡Y también la orquesta de abril, metafórica y gallardamente  
cantando heroísmos en los labios rojos  
de los héroes niños, sacros aguiluchos del alma en los ojos,  
el beso en la boca y el sueño en la frente  
y en el pecho un lleno nidol de magnánimos y locos arrojes!

----III----

FINO SOBRE TODAS las voces, y sobre  
el trágico ruido de tantos naufragios y tantos dolores,  
canta eternamente, sobre las edades, el beso de amores  
que se dan la Patria y un Héroe de rostro de color de cobre.

En Juárez, el alto Caballero andante  
del Derecho, el fuerte retoño de razas guerreras e inquietas  
en que el tronco azteca agotó la savia vibrante y amante  
de generaciones de héroes y poetas...

El Campeón broncíneo que heredó las flechas  
y el arco y la maza y hasta las canciones  
de la altiva estirpe de los ancestrales caballeros leones,  
y que todavía, cabalgando estrellas, sigue abriendo brechas  
de amor en los siglos y en los corazones!

El que surgió un día  
de la más profunda noche de anarquía,  
y se dio a su pueblo como un plenilunio que vuella su alma  
de luz, sobre el ébano de fieras tinieblas y hoscas tempestades,  
y conquistó el iris de las libertades  
para el Pueblo, para la Patria la calma,  
y para su diestra el verdor eterno de laurel y palma.

Quijote de América, absurdo y triguero  
que revivió un ínclito y ancestral ensueño,  
y al ver a la Madre caída y vejada  
entre la estampa de los extranjeros y de los traidores,  
la acogió a su pecho, y, con la vetusta saza enarbolada,  
que como en el místico milagro se iba cubriendo de flores,  
se fué como en sueños a escribir estrofas para su epopeya  
con sangre y con lágrimas... Las montañas épicas, que copian, pin  
divinos, los lagos: la flor y la estrella, (toros  
la bestia y el ave, eran sus aliados,  
y hasta Dios estaba con el indio-Simbolo, hijo de condores,  
pues hasta los santos se hacían chincos antes que traidores...!

Y un día durmióse en la tierra, para  
despertar guando del coro de Héroes de veinte naciones;  
pero todavía quedan las lecciones  
de su vida clara:  
con sus viejas flechas  
sigue abriendo brechas  
de amor en los siglos y en los corazones,  
y flota en la cumbre blanca y altanera  
su amor a la Patria, temblando en el viento como una bandera..."

----IV----

RESIDUOS DE EL AGUILA, vértice del monte,  
y como soñada se oye la gloria de un sonoro coro  
de campanas de oro,  
mientras se desmaya la tarde en la seda del vasto horizonte...

----1----

CANTA EL SON DEL VIENTO  
en el más violento pico de la sierra;  
canta el son del viento y tiene alaridos de clarín de guerra  
que clava sus flechas de notas agudas en el firmamento,  
como si las garras de muchos leones  
chafasen la seda azul del silencio en los corazones.

Y la voz del viento tiene luego un trémolo vago de violines  
que envuelve la sierra, perfumadamente,  
con el alma lírica de nuestros jardines,  
y hay en los confines  
voces demoyadas de chorro de fuente,  
milagrosas músicas de harpas-ruiseciores,  
y parece como que el viento quisiera cubrir los dolores  
y las desnudeces del monte con una cascada de flores...

Y, cuando se inicia en la voz del viento  
la gloria de un claro y sonoro coro  
de campanas de oro,  
un ritmo de alas de acero, isórono, majestuoso, lento,  
musical y heroico, que estruena los ambitos, canta la llegada  
del águila símbolo... Como dibujada  
en el blasón, llega hasta el blanco vértice de la serranía,  
extiende las alas, y hasta se creería  
que estrangula una serpe derrotada...

----II----

Y ESTE DÍA SUBO hasta el más violento  
pico de la sierra. Interrogo al águila, y ella me interpreta  
las voces del viento.  
Y como soñadas oigo las palabras que dice:

"Poeta,  
en la sinfonía del viento palpita  
el coro de todos nuestros héroes: épica y turiferaria,  
apunta a los cielos retorcida y férvida, como la infinita  
columna de incienso de ancestral plegaria.

En sus notas lleva la vieja alabanza que cantó al rey sol  
nuestro abuelo lírico Netzahualcoyotl;  
y el sublime himno sin palabras, de hondas melodías sin fin  
que atropella siglos en el rudo gesto de Cuauhtemoczn,  
el joven abuelo  
que al pié del cadalso rezaba a la Patria: "si el cruel español  
vá al cielo también, no quiero ir al cielo".

Y luego las voces de todas las viejas figuras de gesta  
que en la media noche de la Patria, hicieron de sus corazones  
providentes lámparas de heroísmo: esta,  
derrotando al tiempo, musita el poema de sus bendiciones;  
hierática y alba es su erguida testa,  
y la seda cándida de su mano, rompe las torvas cadenas  
del tricentenario cautiverio, como rompería un niño  
un lazo que atara ramos de azucenas....!

¡Y también la orquesta de abril, metafórica y gallardamente  
cantando heroísmos en los labios rojos  
de los héroes niños, sacros aguiluchos del alma en los ojos,  
el beso en la boca y el sueño en la frente  
y en el pecho un lleno nidial de magnánimos y locos arrojos!

----III----

PERO SOBRE TODAS las voces, y sobre  
el trágico ruido de tantos naufragios y tantos dolores,  
canta eternamente, sobre las edades, el beso de amores  
que se dan la Patria y un Héroe de rostro de color de cobre.

Es Juárez, el alto Caballero andante  
del Derecho, el fuerte retoño de razas guerreras e inquietas  
en que el tronco azteca agotó la savia vibrante y amante  
de generaciones de héroes y poetas...

El Campeón bronceado que heredó las flechas  
y el arco y la maza y hasta las canciones  
de la altiva estirpe de los ancestrales caballeros leones,  
y que todavía, cabalgando estrellas, sigue abriendo brechas  
de amor en los siglos y en los corazones!

14

El que surgió un día  
de la mas profunda noche de anarquía,  
y se dió a su pueblo como un plenilunio que vuelca su alma  
de luz, sobre el ébano de fieras tinieblas y hoscas tempestades,  
y conquistó el iris de las libertades  
para el Pueblo, para la Patria la calma,  
y para su diestra el verdor eterno de laurel y palma.

Quijote de América, absurdo y triguero  
que revivió un inclito y ancestral ensueño,  
y al ver a la Madre caída y vejada  
entre la caterva de los extranjeros y de los traidores,  
la acogió a su pecho, y, con la vetusta maza enarbolada,  
que como en el místico milagro se iba cubriendo de flores,  
se fué como en sueños a escribir estrofas para su epopeya  
con sangre y con lágrimas... Las montañas épicas, que copian, pin  
divinos, los lagos: la flor y la estrella, (tores  
la bestia y el ave, eran sus aliados,  
y hasta Dios estaba con el indio-Símbolo, hijo de condores,  
pues hasta los santos se hacían chinacos antes que traidores...!

Y un día durmióse en la tierra, para  
despertar en medio del coro de Héroes de veinte naciones;  
pero todavía quedan las lecciones  
de su vida clara:  
con sus viejas flechas  
sigue abriendo brechas  
de amor en los siglos y en los corazones,  
y flota en la cumbre blanca y altanera  
su amor a la Patria, temblando en el viento como una bandera..."

----IV----

EMBUERCE EL AGUILA, vértice del monte,  
y como soñada se oye la gloria de un sonoro coro  
de campanas de oro,  
mientras se desmaya la tarde en la seda del vasto horizonte...

----I----

CANTA EL SON DEL VIENTO  
 en el más violento pico de la sierra;  
 canta el son del viento y tiene alaridos de clarín de guerra  
 que clava sus flechas de notas agudas en el firmamento,  
 como si las garras de muchos leones  
 chafasen la seda azul del silencio en los corazones.

Y la voz del viento tiene luego un trémolo vago de violines  
 que envuelve la sierra, perfumadamente,  
 con el alma lírica de nuestros jardines,  
 y hay en los confines  
 voces desmayadas de chorro de fuente,  
 milagrosas músicas de harpas-ruiseñores,  
 y parece como que el viento quisiera cubrir los dolores  
 y las desnudeces del monte con una cascada de flores...

Y, cuando se inicia en la voz del viento  
 la gloria de un claro y sonoro coro  
 de campanas de oro,  
 un ritmo de alas de acero, isócrono, majestuoso, lento,  
 musical y heroico, que atruena los ambitos, canta la llegada  
 del águila símbolo... Como dibujada  
 en el blasón, llega hasta el blanco vértice de la serranía,  
 extiende las alas, y hasta se creería  
 que estrangula una sierpe derrotada...

----II----

Y ESTE DIA SUBO hasta el más violento  
 pico de la sierra. Interrogo al águila, y ella me interpreta  
 las voces del viento.  
 Y como soñadas oigo las palabras que dice:

"Poeta,

en la sinfonía del viento palpita  
 el coro de todos nuestros héroes: épica y turiferaria,  
 apunta a los cielos retorcida y férvida, como la infinita  
 columna de incienso de ancestral plegaria.

En sus notas lleva la vieja alabanza que cantó al rey sol  
 nuestro abuelo lírico Netzahualcoyotl;  
 y el sublime himno sin palabras, de hondas melodías sin fin  
 que atropella siglos en el rudo gesto de Cuauhtemoczn,  
 el joven abuelo  
 que al pié del cadalso rezaba a la Patria: "si el cruel español  
 vá al cielo también, no quiero ir al cielo"..

Y luego las voces de todas las viejas figuras de gesta  
 que en la media noche de la Patria, hicieron de sus corazones  
 providentes lámparas de heroísmo: esta,  
 derrotando al tiempo, musita el poema de sus bendiciones;  
 hierática y alba es su erguida testa,  
 y la seda cándida de su mano, rompe las torvas cadenas  
 del tricentenario cautiverio, como rompería un niño  
 un lazo que atara ramos de azucenas...!

¡Y también la orquesta de abril, metafórica y gallardamente  
 cantando heroísmos en los labios rojos  
 de los héroes niños, sacros aguiluchos del alma en los ojos,  
 el beso en la boca y el sueño en la frente  
 y en el pecho un lleno nidial de magnánimos y locos arrojos!

----III----

PERO SOBRE TODAS las voces, y sobre  
 el trágico ruido de tantos naufragios y tantos dolores,  
 canta eternamente, sobre las edades, el beso de amores  
 que se dan la Patria y un Héroe de rostro de color de cobre.

Es Juárez, el alto Caballero andante  
 del Derecho, el fuerte retoño de razas guerreras e inquietas  
 en que el tronco azteca agotó la savia vibrante y amante  
 de generaciones de héroes y poetas...

El Campeón bronceíneo que heredó las flechas  
 y el arco y la maza y hasta las canciones  
 de la altiva estirpe de los ancestrales caballeros leones,  
 y que todavía, cabalgando estrellas, sigue abriendo brechas  
 de amor en los siglos y en los corazones!

17

El que surgió un día  
de la más profunda noche de anarquía,  
y se dio a su pueblo como un plenilunio que vuelca su alma  
de luz, sobre el ébano de fieras tinieblas y hoscas tempestades,  
y conquistó el iris de las libertades  
para el Pueblo, para la Patria la calma,  
y para su diestra el verdor eterno de laurel y palma.

Quijote de América, absurdo y triguero  
que revivió un ínclito y ancestral ensueño,  
y al ver a la Madre caída y vejada  
entre la caterva de los extranjeros y de los traidores,  
la acogió a su pecho, y, con la vetusta maza enarbolada,  
que como en el místico milagro se iba cubriendo de flores,  
se fue como en sueños a escribir estrofas para su epopeya  
con sangre y con lágrimas... Las montañas épicas, que copian, pin  
divinos, los lagos: la flor y la estrella, (tores  
la bestia y el ave, eran sus aliados,  
y hasta Dios estaba con el indio-Símbolo, hijo de condores,  
pues hasta los santos se hacían chinacos antes que traidores...!

Y un día durmióse en la tierra, para  
despertar en medio del coro de Héroes de veinte naciones;  
pero todavía quedan las lecciones  
de su vida clara:  
con sus viejas flechas  
sigue abriendo brechas  
de amor en los siglos y en los corazones,  
y flota en la cumbre blanca y altanera  
su amor a la Patria, temblando en el viento como una bandera..."

----IV----

EMBUDECE EL AGUILA, vértice del monte,  
y como soñada se oye la gloria de un sonoro coro  
de campanas de oro,  
mientras se desmaya la tarde en la seda del vasto horizonte...



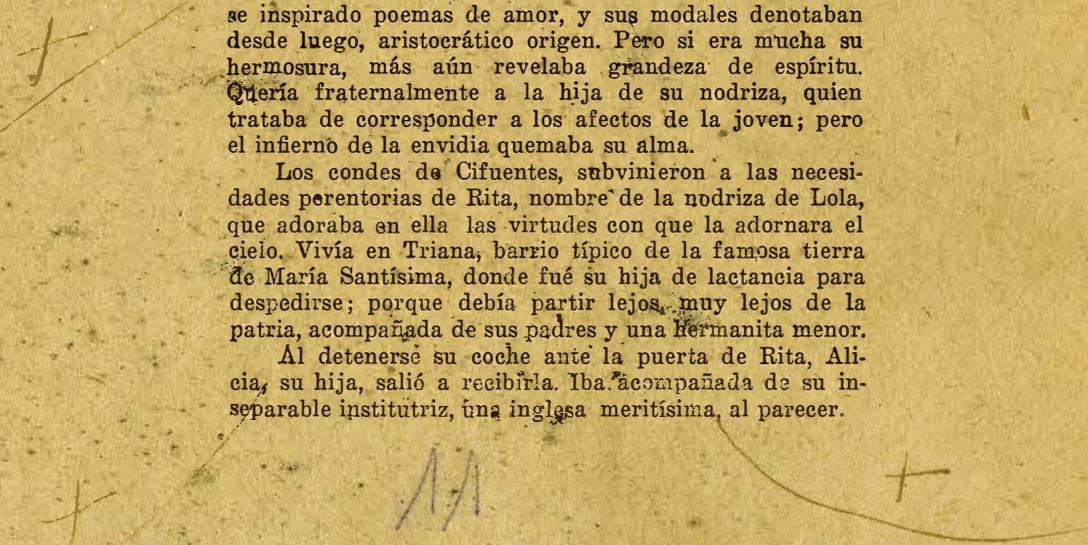
Lolita de Cifuentes era hija de los condes cuyo título ostentaban, uniendo a sus pergaminos de nobleza, altas cualidades de cultura y caridad.

Educada cristianamente, se la consideraba el encanto de sus padres y consuelo de los seres desvalidos. Su dicha consistía en el ejercicio del bien. Visitaba los barrios obreros de la incomparable Sevilla, rodeándose de niños pobres, a los que repartía libros, ropas y juguetes. Su corazón se daba por entero a llenar el vacío que sienten los desheredados de la fortuna; a los huérfanos, principalmente, que hallaban en su cariño, apoyo moral y pecuniario.

Nacida en la capital de Andalucía, su belleza hubiese inspirado poemas de amor, y sus modales denotaban desde luego, aristocrático origen. Pero si era mucha su hermosura, más aún revelaba grandeza de espíritu. Quería fraternalmente a la hija de su nodriza, quien trataba de corresponder a los afectos de la joven; pero el infierno de la envidia quemaba su alma.

Los condes de Cifuentes, subvinieron a las necesidades perentorias de Rita, nombre de la nodriza de Lola, que adoraba en ella las virtudes con que la adornara el cielo. Vivía en Triana, barrio típico de la famosa tierra de María Santísima, donde fué su hija de lactancia para despedirse; porque debía partir lejos, muy lejos de la patria, acompañada de sus padres y una hermanita menor.

Al detenerse su coche ante la puerta de Rita, Alicia, su hija, salió a recibirla. Iba acompañada de su inseparable institutriz, una inglesa meritísima, al parecer.



—Entre usted, señorita Lola,—dijo la muchacha, demostrando regocijo al verla.

—Me trata—contestó la joven penetrando en el zaguán de la casita, limpia como los chorros del oro,—de modo, cual si no me conocieras. Somos hermanas y como hermana has de hablarme.

Diciendo así, entró en una habitación alegre, iluminada por el sol, cuyos balcones estaban cuajados de macetas.

—Bueno—objetó Alicia,—pues que te empeñas...

—Eso es, tutéame; nada importa mi clase social, una misma mujer nos ha criado. Además, en esta hora, mi alma necesita cariño, expansiones. ¡Estoy tan triste!

—¿Por qué?

—Porque vengo a darte el adiós del emigrado. Porque nos vamos lejos de Sevilla, lejos de este suelo español, que poco aprecian los que nunca le abandonaron.

—Mamá, mamá—gritó Alicia, yendo en busca de Rita. Esta, alarmada, acudió preguntando:

—¿Qué pasa?... ¡Ah, pero si está aquí la niña!

Y dirigiéndose a Lola, dijo, viéndola llorar:

—¿Por qué esas lágrimas?

—Se va para la América—repuso Alicia, llorando también.

—¿Es posible?

—Sí, Rita, sí,—contestó Lola.—Mi padre, perseguido por sus enemigos políticos, después del manifiesto lanzado proclamando la república, no puede quedar en España. Nos vamos buscando un país donde los hombres puedan emitir sus ideas con libertad, donde, alejado de la política, mi buen padre viva para su familia, sin estar en peligro constante de caer preso como ahora, víctima de sus ideales.

—¿Con que a la América!...—dijo Rita como hablando consigo misma.

—Sí, a México, a Nueva España,—contestó Lola con exaltación visible.

—¿Dichosa política!—volvió a decir Rita, enjugando sus ojos con el pico del delantal.

—¿Dichosa, sí! Ese monstruo nos aleja del suelo nacional. Aquí dejaré mis flores, mis pajarillos, que arpegiarán la nostalgia de mi ausencia. Aquí también quedan

ISABEL G. DE LA SOLANA.

nuestros intereses, saliendo de la patria para tierras desconocidas, sin rumbo, a la ventura, como errantes peregrinos, como criminales que huyen!—repuso Lola.

Confundidas en un abrazo, aquellos corazones daban escape a la pena.

Alicia tuvo un instante de generosidad, olvidando la envidia que sentía hacia Lola, por comprender su condición social diferente.

La institutriz puso fin a la escena emocionante que relatamos.

—Vamos, señorita, que se hace tarde—advirtió Lucía, que así se llamaba la mencionada institutriz.

—Adiós, ama mía, adiós, Alicia—dijo la joven, abrazando de nuevo a las dos mujeres, que la acompañaron hasta el coche.

—Adiós, hija del alma, niña mía—repuso Rita.—No me olvide nunca. Ya iré yo a ver a los señores. No he ido, porque mi Manuel, ya sabe lo malito que está; dos años que le tengo postrado...

—Deje usted; yo diré a mamá y papá que usted les manda recuerdos. Adiós, que se mejore su marido.

Fustigó los caballos el cochero, saliendo en dirección de Sevilla, dejando atrás el famoso barrio, citado anteriormente.

Cuando llegaron a la regia morada de los condes de Cifuentes, el sol despedía sus pálidos rayos, dándole la tarde cierto tinte de melancólica tristeza al patio ornado con plantas. La fuente murmuraba quién sabe cuántas cosas, regocijándose en su linfa cristalina pececillos jugueteros.

Entre el ramaje que formaba una glorieta ideal, lucían sus colores de amor y fuego, los claveles, desbordando de los macetones, orgullosos de los homenajes que les rinde el pueblo sevillano, se erguían altaneros, perfumando el ambiente. Lola contempló las flores, acercándose a una artística jaula donde muchas avecillas prisioneras de la solicitud de su dueña, comenzaron a cantar, de modo que sus trinos más bien parecían gemidos y plegarias de quien, al partir del suelo nativo, presiente no ser feliz.

—Vamos a ver a mamá—dijo la joven suspirando.

Frente de la alfombrada escalera, estaba el saloncillo

13

de la condesa, en el cual recibía a las personas de su íntima amistad. En el mismo entraron Lola y Lucía.

—¡Hija, cuánto habéis tardado!—expresó la dama, cariñosamente.

—Señora—contestó la institutriz,—el trayecto es largo, además, por ser hoy día del Apóstol Santiago, se celebra en Triana la feria de costumbre; era imposible, sin atropellar, venir más pronto, aun fustigando a los caballos.

—Es verdad—dijo Lola, y añadió—: ¡Cómo se divierte la gente del pueblo, parece que en sus almas no albergan penas; en sus cantares, en su risa, encuentro yo algo que insulta al propio dolor!

—Es que el pueblo español, hija mía—dijo la condesa,—no quiere nunca demostrar que llora, y se ríe hasta del martirio que lo engrandece.

—¡El dolor! ¿Hay algo más sublime?—repuso Lola.—Todo lo noble y generoso nace del dolor y se purifica al riego de sus lágrimas. Yo amo el dolor tanto como te amo a tí, madre mía, y no estimo sea un castigo del cielo, al contrario, me parece compañero fiel del hombre, porque preside su nacer, y lo acompaña hasta la tumba.

—Pero tú—objetó la condesa,—apenas si le conoces.

—¿Que no?—contestó Lola, acariciando a su madre.—Ya ves, ahora abandonaremos nuestra tierra, iremos a un país desconocido donde quién sabe qué suerte nos aguarda.

—Dios es bueno—interrumpió Lucía.—El no abandonará a los señores, que han sido el amparo de tantos pobres.

—Sí, pero...

—¿Por qué te mortificas, hija mía?—preguntó la condesa a Lola.—Hemos de tener fe; esa fe cristiana que nos enseña la religión, divulgada por el Maestro de los maestros, cuya palabra es toda luz y verdad. La Religión—siguió diciendo la dama,—fortifica a los débiles y nos marca el deber de sufrir, por Cristo, todas las adversidades. Lucía dice bien: Dios velará por nosotros. Dios alentará nuestra alma en el destierro; tu padre es perseguido como enemigo del régimen. Es necesario dejar

ISABEL G. DE LA SOLANA.

cuanto nos rodea. Ante todo su libertad, y como tú sabes, se le busca para encarcelarlo como reo político.

—Ya lo ves, mamaíta querida, ¿y dices que desconozco el dolor? No; no lo desconozco, siento que su garra penetra en mis entrañas. ¡Pobre papá! ¡Por qué quiere lo que es imposible conseguir? Todo redentor será crucificado.

Lola ocultó su hermosa cabeza entre las manos. Un silencio profundo siguió a sus palabras. La noche tejía su diadema de sombras, en derredor de nuestros personajes. De pronto, una vocecita mimosa y delicada, que fingía enojos, se dejó oír.

—¿Pero es que esta tarde no comemos?—preguntó una chiquitina, dirigiéndose a la condesa.

—Ven, rica, ven—dijo Lucía, acariciándola.

—Yo tengo hambre—respondió la niña, buscando el regazo materno.

La pequeña era preciosa. Sobre la espalda, como un manto de oro revoloteaban los dorados bucles. Sus ojos azules tenían la limpidez del cielo sevillano. Parecía una muñeca con aire de princesita, como surgida de un cuento magnífico de hadas.

Lola, acariciándola, la dijo:

—Vamos, nena; vamos a ver si está todo dispuesto.

En ese instante, un criado anunció que las señoras podían pasar al comedor.

• • •

El beso maternal es el conjunto de todos los amores a flor de labio.

Después de rezar, la condesa dió las buenas noches a sus hijas, besándolas tiernamente. Acompañada de Lucía, se dirigió a sus habitaciones.

—Hasta mañana—díjola ésta.

—Que descanse usted—contestó doña Amalia, nombre de tan ilustre señora.

El palacio parecía trono del silencio. Las luces estaban apagadas.

Segura la condesa de que todos dormían, se encerró en su habitación, y retirando la cama bajo de la cual ha-

15

bía una puerta secreta que daba a otra pieza subterránea, dijo discretamente:

—Fernando, sube ya estoy aquí.

—Amalia mía, voy a tu lado.

La noble figura del conde de Cifuentes fué bañada por la luz pálida del dormitorio.

—¡Qué situación tan angustiosa!—exclamó la dama, sin poder contener sus lágrimas.

—Es verdad—repuso él, llevándola a sentarse en un cómodo sofá y rodeando con su brazo el talle esbelto de su esposa.—Mi accidentada vida—dijo aquel patriota sincero—por defender a España de cuantos la destrozan villanamente para medro personal, obliga a los seres más queridos de mí alma, como tú eres, al tormento. ¡Oh, cuánto mejor fuera que me dejara sentenciar por esa llamada justicia! Al fin, la cárcel no se ha hecho sólo para bandidos y criminales; también para los mártires del ideal republicano. Pero aún es tiempo—siguió diciendo el conde.—Sufriré, antes que renunciar a mi credo, como conspirador contra el régimen monárquico. La prisión encadena al hombre, nunca su espíritu; por eso, en la cárcel no he de modificar mis opiniones, y se agigantarán mis rebeldías. Yo nací para luchar; nací para proclamar la democracia cristiana, que no tiene plataforma en la farsa de la Iglesia; nací para guiar al pueblo español sufrido, abnegado, víctima de políticos sin conciencia, por sendas de fraternidad y de progreso. Todo esto no es posible, porque se deifica a un hombre, que sin tener atributos divinos, vive rodeado por serviles, mientras que los pobres trabajan para sostener ese boato regio, insulto constante del talento y virtudes cívicas. ¡Oh, no es justo que el déspota goce tomando como escabel de su triunfo, al pueblo, cuya sangre fué sello de sacrificio!... Pero qué, ¿estás llorando?... ¿Por qué tiembles?... Amalia, esposa mía, dime, ¿te asusta escucharme, temes mi exaltación? Las injusticias de la humanidad me sacan de quicio, pero cálmate.

—¡Por Dios, Fernando!...

—Amalia, no quiero que llores; tu llanto demanda una pregunta: ¿quieres que abdique de mis creencias, que sea hipócrita, que rinda culto a los reyes cuando los detesto, no considerándoles divinidades sobre la tierra?

ISABEL G. DE LA SOLANA.

¿Que me arrodille ante el tribunal de la penitencia confesando mis culpas a otro hombre, acaso peor que yo? ¿Debo de engañar al mundo, ocultando que soy libre pensador? ¿Me querrías tú, amada de mi alma, pequeño con apariencia de grande, falso con manto de sinceridad, petulante con actitud de modestia, siendo malo realmente, con fama de bondadoso, como tantos otros convencionalistas que alardean de patriotas, pero en el momento de prueba demuestran que todo es hojarasca, todo estúpida vanidad? Habla, contéstame sinceramente.

—Fernando—dijo la condesa,—cuánto fuego hay en tu palabra. Te quiero como eres. ¡Nada me importa el porvenir! Yo aceptaré por tu libertad, todo cuanto el Destino quiera ofrecirme lejos de nuestra querida Patria. ¿Qué significan ni valen las comodidades si no se tiene tranquilidad? Tus ideas, que no comparto, pero respeto, son irrealizables.

—¿Por qué, Amalia?

—El carácter español es indómito y descontentadizo. En el momento que se implantara la República en España, nuevamente la paz nacional sería alterada por no encontrar superiores adecuados.

—No queremos superiores, ~~Amalia~~ queremos la igualdad.

—No la obtendréis nunca; imposible. Debemos pensar, que cuanto al respecto se propaga es pura palabrería. Tú eres un apóstol, un patriota, lo sé; en cambio, otros vivedores proclaman esa doctrina igualitaria engañando al proletariado para alcanzar encumbramiento propio.

—Esos que así proceden—dijo don Fernando,—son los socialistas.

—¿Y tú qué eres?

—Sociólogo; observador y previsor de los males que dañan al cuerpo social, viendo que sufre como los individuos, necesitando médicos, no curanderos falaces. Pero veo que hemos hablado bastante y que ha pasado el tiempo insensiblemente. Volveré a mi encierro—dijo el eonde, abrazando a su esposa.

Sigámosle, penetrando en su habitación subterránea. Era ésta de regulares dimensiones, bien amueblada, propia

17

ISABEL G. DE LA SOLANA.

para ocultar delinquentes políticos, si tal calificativo merecen los que atacan regimenes constitucionales.

El padre de don Fernando fué también revolucionario; de modo que su hijo heredó las mismas tendencias que lo empujaban a la cárcel o al destierro.

• • •

Volvió la condesa Amalia a ordenar su aposento, a fin de que no se advirtiera nada revelador del escondite donde su esposo se había refugiado.

En tanto ella, fatigada y triste, se entregaba al reposo, don Fernando se dispuso a escribirle una carta de despedida a su buen amigo el marqués de Silva, vertiendo en aquellas páginas los acíbares que amargaban su vida.

“Mañana—decíale,—abandonaré Sevilla; perderé, acaso para siempre, de vista el suelo español, donde los men-  
“tecatos de la cumbre oprimen el talento, humillan la hon-  
“radez, inclinándose, serviles, ante el dios éxito. Mar-  
“cho a tierra americana, antigua heredad de nuestros  
“abuelos, perdida por los malos gobernantes, eternos ver-  
“dugos de la libertad y de la patria. Adiós, querido ami-  
“go, dichosos de los que puedan ver a España libre de  
“tanto pulpo que chupa su sangre generosa. ¡Ay de mí  
“que me voy tan lejos, víctima de ideales no comprendi-  
“dos todavía! ¡Cuán duro debe de ser el pan del emigra-  
“do! Ojalá pudiera verte; si no es posible, recibe un abra-  
“zo de tu amigo:

**Fernando de Cifuentes.**

• • •

Cuando terminó de escribir el conde, puso en un sobre la citada carta, que entregaría por la noche a su esposa, y se acostó; pero no pudo conciliar el sueño. El afán de lo desconocido le impacientaba. Una tristeza infinita invadió su corazón. A los cuarenta y cinco años se consideraba ya viejo porque los sufrimientos comenzaron

ISABEL G. DE LA SOLANA.

a doblegar aquel ánimo valeroso que nunca demostrara abatimiento.

—¿Qué haré en México?—se preguntaba.—Cuento con una renta considerable; pero gasté parte de mi fortuna en los pobres y también en defensa de mi credo republicano.

Esto era verdad muy conocida.

La casa donde vivía, situada en el Paseo de la Palmera, si bien encerraba un capitalazo por sus joyas artísticas y también el inmueble, puesto en pública subasta, no era tan fácil que hallara comprador, como para la finca de campo y otras propiedades.

Pensando en sus dos hijas, acariciándolas imaginativamente, se estremeció ante la idea de llevarlas a un país tan lejano, aunque México, es un girón del alma de España, tierra hospitalaria, donde no creía pudiera encontrarse como extranjero. Convencido de ello, se quedó dormido profundamente.

• • •

—Oye, Lola—decía Laurita, nombre de la pequeña, que ya conoce el lector.—Mira, mira cuántos obreros!...

Luego, saltando sobre la falda de su hermana, la preguntaba:

—¿Cuándo viene papá?

—Pronto, rica mía.

—Pero no ves—insistió la niña,—cuántos hombres hablan con mamáita?

Ciertamente, una comisión de trabajadores damnificados por una huelga, recibió de la condesa recursos para sus pobres niños, víctimas de la desorganización social en todo tiempo.

La gratitud y bendiciones de los protegidos, llenaban de júbilo el corazón de aquella señora, que nunca permitió hablaran los diarios de sus obras caritativas. Consideraba ella que la vanidad perjudica el bien, debiendo verificarse éste, por amor al bien mismo, inculcando en sus hijas las máximas del Evangelio, llevándolas, especialmente a Lola, donde la miseria cernía sus alas, dando ejemplo de sencillez y verdadera caridad.

A9

Quando los obreros abandonaron el Palacio de Cifuentes, la condesa se reunió con sus hijas en el jardín, llevando un diario en la mano, que entregó a Lola diciendo:

—Afirma la crónica que estamos de viaje!... El marqués de Silva debe haber dado esa información. Me apena—prosiguió,—que se ocupen de nosotros; pero así es la vida!—luego agregó:—vamos adentro, siento frío.

—¿Pero estás mala?—preguntó Lola con interés a su madre.

—No sé—repuso ésta.—Parece que me falta aire; no puedo respirar bien.

Seguida de sus hijas penetró en el oratorio, arrodillándose ante la Virgen del Carmen, que irradiaba en el altar su belleza inmaculada.

Allí fué a buscarla Lucía, diciéndola:

—Todo está listo. ¿Quiere usted venir, señora?

Después de orar brevemente, la condesa se dirigió al saloncillo donde la presentamos al lector, seguida de la institutriz e interrogándola:

—Arregló ya nuestros equipajes la criada?

—Sí señora—contestó la institutriz, agregando:—en la maleta de camarote hemos colocado la ropa de uso diario para el viaje, ¡toda va regada con mis lágrimas! ¡Cuán triste es—prosiguió—pensar que pronto hemos de separarnos, señora mía!

—Te escribiremos—contestó alegremente Laurita, a quien Lucía besaba con ternura.

Un nuevo personaje ocupó la atención de los que ya conocemos: el marqués de Silva, quien anunciado por uno de los sirvientes, fué introducido en el saloncillo de confianza.

Su aspecto caballeresco predisponía el ánimo favorablemente.

—Querido marqués—díjole Lola, después de cambiados los saludos de rúbrica;—quiero que me dé usted noticias de mi padre porque cuando a mamá le pregunto dónde se encuentra no me responde, ¡solamente llora!... Esas lágrimas me hacen temer que se halle en peligro, que algo le sucede...

—No hija, no—repuso la condesa,—tu padre está bien a Dios gracias.

Handwritten scribbles and numbers at the bottom of the page, including a large '2' and some illegible marks.

—Esta noche—objetó el marqués, dirigiéndose a Lola, —podrás abrazarle a bordo del “Viraita”.

Y sacó de su cartera los pasajes, entregándoselos a la condesa.

—Todo está preparado—dijo la dama.—Entiendo que el buque sale de madrugada.

—Eso es; antes que el día ilumine el cielo sevillano, para que las sombras envuelvan nuestro dolor al partir—expresó Lola, suspirando.

—Animo, señorita—arguyó Lucía, entrando con ella y Laurita al comedor.

Cuando la condesa quedó a solas con el marqués, le entregó la carta escrita por su esposo, de la que nos hemos ocupado anteriormente, diciendo:

—¡Pobre Fernando! Ha envejecido en quince días que no se conoce a sí mismo!

—Nadie sospecha que se encuentre en la habitación subterránea?—preguntó el marqués de Silva.

—Nadie, absolutamente nadie, amigo mío. Cuando todos duermen le llevo alimentos y con farto su corazón a fin de que no desfallezca. El quisiera arrostrar las consecuencias de su arrojó para no alejarnos de España; pero acusado por el delito de lesa majestad, sería encerrado en la cárcel. Estas luchas, estas persecuciones que sufre mi marido, créalo usted, marqués, hacen honda mella en mi salud. Desde que los esbirros vinieron registrando la casa, cuando oía yo decir que por el manifiesto lanzado contra el Rey, había de castigársele duramente, toda era plegaria, porque las mujeres que no dudamos de la existencia de Dios, a su Divina Misericordia y Justicia hemos de encomendar los errores de los hombres.

—Es usted una mujer admirable, condesa—dijo el marqués, emocionado, añadiendo:—Si todas supieran interpretar la misión que tienen como hija, esposa y madre, cuántas desgracias y desaciertos se evitarían.

—No es mérito singular el mío ni merezco elogios por cuanto hago. Fernando todo lo merece, ¡es tan bueno!...

Sus ojos se empañaron de lágrimas.

Largo rato permanecieron silenciosos la condesa y el marqués de Silva, prestigiosa personalidad de la más encumbrada aristocracia sevillana. Como si despertaran de una pesadilla, díjola él:

91

—Se acerca el momento, amiga mía.

—Es verdad—repuso la dama;—después de cenar marcharemos.

Lucía entró al saloncito, diciendo:

—La señorita Lola ha querido hacer la cena en obsequio del señor marqués.

—¿Con que también ha dado usted a su hija educación doméstica?—preguntó el aludido a la condesa.

Ella respondió:

—Desde luego, y con gran contento de Fernando, porque es muy triste que las niñas sean únicamente figuras decorativas, inútiles para el desempeño del cometido que a toda mujer le está confiado en el hogar. Yo entiendo—prosiguió la dama,—que se debe aprender a ser buena dueña de casa, sin que por esto desechemos otras actividades aplicables al arte en sus manifestaciones múltiples.

—Bien, condesa; escuchándola a usted—dijo el marqués de Silva,—mucho más digna se hace de profunda admiración. Yo también opino que a la mujer debe educarse de modo que, sin dejar de tomar parte en los asuntos que atañen a la colectividad y desenvolvimiento progresivo de España, contribuyendo a todas las obras sociales, no se olvide de sus deberes como madre de familia. Cuando haya muchas capacitadas para cumplir como usted lo hace, sin diferencia de condición social, la humanidad será más perfecta; el amor y la cultura se impondrán entonces sobre los egoísmos y errores del presente.

La condesa atendió las palabras de su amigo, diciéndole:

—Tiene usted mucha razón.

En aquel momento, fueron avisados de que la sopa estaba servida.

\*\*\*

Lolita se portó como una gran cocinera, siendo muy felicitada.

Después de los postres y tomar el café, el marqués de Silva, dijo:

—Ahora, en marcha, que ya dieron las nueve. ¡Qué rápidas pasan las horas!

a/

f

22

—A bordo nos espera—repuso la condesa, mientras su marido, disimulando las tempestades que rugían en su ser, paseaba por la estancia en espera del coche que les mandarían el marqués para dirigirse al sitio de embarque.

—¿Por qué abandono yo España?—pensaba reflexionando, aquel jefe republicano.—¿Por qué he de exponer a mi familia—musitaba—a las contingencias de un viaje tan improvisado?... ¡No hay otro remedio!... ¡Es imposible que yo pueda vivir en un ambiente tan raquítrico y mezquino como el que rodea a los grandes apóstoles del patriotismo verdadero.

Volviéndose a su esposa, la dijo irónicamente:

—Ahí viene el coche y aquí tiene la señora condesa a su más rendido servidor;—e inclinándose la besó con ternura.

—Fernando, por nuestro amor y martirio te ruego que me acompañes a la capilla un minuto antes de marchar. Tú eres bueno, una sola vez en la vida te pido que eleves tu pensamiento a regiones más claras donde Dios existe, pidiéndole su protección. Somos fugitivos, Fernando mío, necesitamos que la fe nos aliente, que nos dé fuerza, que nos guíe!...

—Te complaceré. Vamos donde me arrastra tu fervor.

• • •

La lamparilla del Santísimo chisporroteando por falta de aceite, esparcía sus tenues rayos por aquel recinto místico de piedad.

—No creo en nada—dijo el conde, penetrando en la capilla.

—¡Calla, Fernando, no seas impío! Mira hacia la Madre de los desamparados, pidiéndole que no nos abandone, que tienda su mano protectora a nuestros hijos. Suplícale por ellos, que tanto necesitan de tí!... Son nuestros amores y tú eres todo corazón; Reza, Fernando mío, la Virgen te escuchará!

Como agobiado por el peso superior de una fuerza misteriosa, el ateo, el incrédulo conde de Cifuentes, sin voluntad propia se arrodilló, ocultando su rostro entre ambas manos. Un sollozo prolongado se escapó de su pecho, su espíritu, refractario a la oración, sintió algo des-

201

~~Handwritten scribbles and signatures at the top right of the page.~~

50 / amparados, acógenos bajo tu manto! ¿Qué será de nosotros si tú nos abandonas? Sólo tú sabes alentar los corazones, mitigar tristezas y ofrecer consuelo! ¡Adiós santa Virgen bendita; vela por esta mi patria, por Sevilla mi tierra, que te eligió como Señora y Patrona de Andalucía; inspira a mi Fernando tus amores, te lo ruego y confío en tu nunca desmentida piedad. ¡Salve, Reina de los Cielos, salve!

Se levantó la condesa del reclinatorio y abandonando la capilla, se dirigió a sus habitaciones, más tranquilo su espíritu, confortada por la oración que eleva.

—El marqués, Lola, Laurita y Lucía—dijo a su esposo—van camino del muelle; estamos completamente solos en la casa; ¿el orden a los criados para que salieran. Son las diez, ¿e en una hora estaremos listos?—preguntó impaciente.

—Sí, Amalia, verás en tu marido un gran actor. La metamorfosis debe ser completa.

Comenzó el conde por afeitarse el bigote; se adhirió unas patillas lacayeseas, vistiendo galoneada librea de cochero.

—¡Jesús, qué horrible estás!—exclamó la condesa, tapándose la cara.

—Eso me halaga; quiero que ni tú misma me conozcas. Luego dijo: Aquí tiene usted, señora, a su lacayo. ¡Estoy bien, verdad?... ¡Pero otra vez Horando?—preguntó a doña Amalia.—¿Cómo es eso? Tú, la mujer valerosa y fuerte, demuestras sensibilidad de chiquilla? ¡Vaya, dame un abrazo!

—¡Quita, estás horrible!

—¡Ya ves si es humillante esta librea que obligamos a endosar a cuantos se disfrazan por nuestra vanidad y orgullo rastroso!

—¡Ay, qué será de nosotros, Fernando! ¡Vale la patria ni los ideales que tú abrigas estos sacrificios tan crueles! ¡Dios mío, protégenos—dijo la condesa tristemente!

—¿Entregaste mi carta al marqués de Silva?—la preguntó su esposo.

—No había de entregársela!

—Yo creí que márcharíamos sin poder estrechar su mano.

rán los señores de esta casa, donde nadie llegó en vano; casa de los desvalidos que recibieron de su protectora consuelo y ya no verán esa sonrisa de su bondad, señorita Lola. Y mi amo? ¡Mi amo, el señor conde, no defenderá nuestra tierra, porque lejos de Sevilla seguramente hará un abandono completo de la lucha patriótica que tanto lo ha enaltecido.

—¡Vamos, Francisco, no se ponga usted así, que me dan ganas de llorar!

—Ojalá, señorita, ojalá y pudiera yo guardar esas perlas de sus ojos para hacer con ellas una diadema a la Virgencita que adora usted en la Capilla. Llore usted, sí, llore, que más llorarán los claveles, las rosas y las violetas, cuando no sientan que su jardinera las acaricia regándolas. ¡Más lloraremos también sus criados!... Sí, obedeceré, diré a la gente que vaya a divertirse porque lo manda la señora!... ¡Obedeceré, obedeceré!... ¡Qué remedio!...

Con paso lento, ejugando sus ojos, salió del vestíbulo amueblado regiamente, el viejo mayordomo para cumplir las órdenes que había recibido. Lola siguióle con la mirada, diciendo:

—¡Cuán hermosa es la gratitud y bendiciones de los humildes que desconocen el convencionalismo de la ridícula vida social!

• •

Lucía no quiso dejar a Laurita ni un momento; la durmió en sus brazos, arrullándola tiernamente. Con su preciosa carga se dirigió al muelle en el carruaje del marqués de Silva, acompañada también de Lola, mientras la condesa solita en aquella morada que debía dejar para siempre se prosternaba a los pies de la Divina Madre de Dios, rezando con fervorosa piedad.

La Reina de los cielos parecía a su alma cristiana y abnegada una bella flor de esperanza. Blancas y perfumantes azucenas colocadas por Lola en su altar, un momento antes de partir envidiaban la pureza de la Mujer inmaculada que apareció en el Monte Carmelo al bienaventurado profeta Elías.

—¡Virgen bendita!—rumoró la condesa como un suspiro.—¡Protectora de los navegantes, refugio de los des-

conocido inspirándole una plegaria. Es que ante el Eterno hay momentos que todo hombre se siente como un gusanillo ruin, es que el corazón, con todas sus rebeldías, se ve asediado por la necesidad imperiosa de comunicarse con su Creador.

Allí, en la penumbra de su oratorio, el conde de Cifuentes, lejos de toda mirada extraña, lejos de los que niegan el supremo poder y se dicen grandes y se consideran sabios, sin recordar que la verdadera sapiencia, como todas las virtudes, dimanan del trono de Dios, aquel conspirador terrible que odiaba la religión, que perseguía a los frailes, creyendo lógico hacer con ellos albondiguillas y quemar los conventos de la católica España, veíase manso, humilde, saboreando dichoso, las delicias que ofrece tener una creencia superior, que tiende sus alas hacia lo infinito, porque si en este mundo se parece, bello es pensar que existe otro mejor donde impera verdad y justicia que ha de ampararnos contemplando como lampo de luz inextinguible, la diadema de gloria que corona al justo. Fué preciso que la virtuosa condesa Amalia le hablara llamando su atención.

—Vamos, Fernando—díjole amorosamente, considerándose triunfadora por la conquista verificada, pensando que había convertido a su esposo, sin que mediara ningún sacerdote; fué su amor de mujer cristiana catequista subyugante, al parecer. Como niño arrepentido de sus faltas, el conde de Cifuentes poniéndose de pié miró a la Virgencita, exclamando:

—¡Protege a mis hijos, gran Señora!—y salió de la capilla, henchido de esperanza en quien maneja los mundos con irreductible y santa voluntad.

• • •

El cochero del marqués de Silva, que esperaba en el jardín, creyendo al condé su camarada, le dijo:

—¡Oye tú, hay que llevar algún equipaje!

El disfrazado caballero, sin acordarse que vestía librea de lacayo, pensó castigar el atrevimiento de aquel fámulo, cuando mordiendo los labios se dió cuenta de lo que entonces representaba. La condesa contestó al criado:

—Ayer se mandaron todos los equipajes a bordo.

Luego añadió:

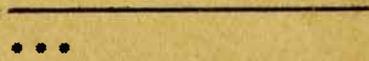
—Tú quédate, el cochero de casa me llevará al muelle.

Y subió al carruaje ocupando el pescante su disfrazado esposo.

Nunca el conde de Cifuentes sintió tan honda humillación, viéndose vestido de tal guisa, prácticamente pudo apreciar el trato que recibe esa gente humilde cuyos servicios no se tienen en cuenta. Deseos tuvo de gritar al cochero ya citado:

—¡Bárbaro!, ¿no adivinas bajo esta librea al gran señor? ¿Es que nos transforma tanto la ropa?

Pensando así revelaba cómo ciertos predicadores de la democracia no se avienen a ella fácilmente. El conde, muchas veces, se había confundido con las multitudes que le adoraban, su verba cálida y convincente las enardecía, aclamándole el pueblo como su salvador sincero. Sus rasgos de generosidad convencían a los descontentos por las opresiones que verifica el capital, proclamando su patriotismo y noble desinterés. No había calamidad pública a la que no acudiera con su óbolo. En su lujoso despacho recibía comisiones obreras, obsequiándolas siempre con cigarrillos, llamando compañero y correligionario al pobre que comulgaba con sus ideas. Procediendo así demostraba descendiendo elevándose más y más. Su bondad tenía algo de incomprensible. Cuando los humildes, llegando a él tratábanle de igual a igual, entonces con orgullo se acordaba de su abolengo, de sus títulos nobiliarios y los ponía a raya. Pero cuando él los llamaba, cuando se mostraban respetuosos, hasta cierto punto tímidos, entonces fraternalmente, cariñosamente, les permitía estar a su lado considerándoles de modo que aquellos hombres sensibles e ignorantes se inclinaban ante él. Mezcla de aristócrata, con vena popular, su psicología lo denotaba incomprensible. Por eso se sintió herido en el momento que sin reconocerlo, creyéndole un camarada, el cochero aludido le habló según hemos dicho, viéndose obligado a refrenar su rebeldía señorial aplastada bajo la servilesca librea de un lacayo.



El muelle de Sevilla, a pesar de la hora en que nuestros personajes fueron al "Viralta", no estaba solitario, por verificarse el embarque para ultramar de una gran partida de aceitunas, vino, aceites, en fin, productos de aquella tierra andaluza, bendecida por la Providencia.

El buque debía salir como a la madrugada. Cerca de donde estaba anclado proyectaba su silueta la famosa Torre del Oro, bajo cuya sombra protectora antes de que Carlos III declarase libre el comercio con el Nuevo Mundo, iban a refugiarse los galeones que regresaban de América.

A poca distancia del barco, se detuvo el coche guiado por el conde de Cifuentes, quien ayudando a bajar del mismo a su esposa, entregó a uno de los mozos de cuadra del citado marqués, las riendas, preguntándole:

—¿Dónde está tu amo?

—En el camarote, a la espera de la señora condesa.

—¿Y qué se dice de su marido?—preguntó el supuesto auriga, al criado de su amigo.

—Muchas cosas; se dice que está fuera de España, es un valiente.

—¿Tú quedas aquí esperando al marqués?

—¡Dios sabe a qué hora saldrá! Y tú, ¿no vuelves al coche?—le preguntó el mozo de cuadra.

—¡Ira de Dios!—exclamó el conde para sí mismo, no pudiendo soportar que se le confundiera de nuevo por su indumentaria, con un sirviente.

—¡Hombre, parece que te ha enfadado mi pregunta! Yo no te dije nada que te pudiera ofender.

—¡Vamos, señora!—dijo el conde, dando a su esposa la mano para cruzar la planchada.

Viéndole entrar en el buque, el mozo de cuadra refunfuñó:

—¡Anda y qué tío! Tiene humos de señorito. ¡Cualquiera diría que es el mismo conde de Cifuentes revestido de cochero!

Cuando nuestros amigos se reunieron en el camarote de la condesa Amalia, el marqués de Silva se dirigió a don Fernando, que así hemos de llamarle en adelante, abrazándole con emoción profunda:

—Recibí tu carta—le dijo. Luego agregó:—No te desesperes.

—Mis hijas, ¿dónde están?

—Durmiendo—repuso el marqués,—y tú debes hacer lo mismo.

—¡Qué lucha, qué lucha!—objetó la condesa con desaliento.

—¡Valor, señora!—díjola el marqués.

—¿Te quedarás hasta que salgamos? Yo no puedo acostarme tan temprano—expresó el conde a su amigo.

—No conviene, debo dejaros.

—Ya sabes que en tus manos—dijo el primero,—quedan todos mis asuntos. Pronto tendrás noticias de mí.

El marqués de Silva se despidió de su amigo sumamente emocionado, besó la mano a la condesa que pugnaba por no llorar y salió del camarote rápidamente, saltando a tierra.

Cuando el mozo de cuadra le vió, díjole:

—Señor, ¿el cochero del conde no viene? ¿Debo yo substituirlo?

—Sí, llévame a casa.

Antes de retirarse del muelle el citado aristócrata, contemplando la nave a cuyo bordo marcharían a Cádiz la familia de Cifuentes para embarcarse rumbo a México, pensaba:

—¡Pobre Fernando!, que la suerte no le niegue sus favores.

• • •

—Por fin llegó la hora—dijo la condesa a su esposo, viendo alejarse el "Viralta" de la tierra sevillana donde tanto había sufrido.

—¡Adiós, suelo de mi patria!—exclamó el conde, asomándose a cubierta donde los marineros al despuntar el sol se desperezaban de sueño. Algunos, al compás de la escoba, mientras hacían la limpieza, entonaban sentidas barcarolas cuyo eco recogía la brisa como un gemido de pena. —Chuquita—dijo un grumete a otro que tenía por apodo Palitos.—Ahí va ese cabo, cuidado que si te lisio... bueno, eso te librerá de quintas— agregó desenrollando una maroma.

bes de

o

ado

B

—El hijo de mi madre—contestó el aludido,—no nació para servir al Rey; ¡eso que te conste!

—Pero si no tienes metálico para redimirte, ¿qué remedio te queda?

—Hoy de nada vale, porque es obligatorio el servicio militar; pero yo desertaré, seré prófugo, escaparé a la América, aunque sea en la carbonera del primer vapor que pille.

Chuquita miraba a Palitos como si no entendiera lo que éste le decía.

—Como lo oyes—repitió el muchacho.—Que ¿no has oído tú hablar de esas tierras que están muy lejos?

—¿Con que ese es tu pensar?—repuso Chuquita con interés.

—E~~t~~ mismo. Yo no me visto de colorete como si fuera un mono de feria. ¡Soldado yo!... ¡Cualquier día!

—¡Mira, Palitos!—dijo cambiando de tono su compañero.—En cuanto digas otra vez que los soldados de España van vestidos de mono, de un mamporro te dejo sin muelas para toda la vida.

—¡Hombre!, no te acalores—contestó ~~Palitos~~ *Palitos* suspendiendo su tarea.

—Es que yo soy muy español, ¿entiendes? Quiero a nuestro ejército y creo que merece respeto de todo el mundo. Cada soldado—siguió diciendo Chuquita,—es un hijo del pueblo dispuesto a morir por la Patria y delante de mí no consiento que nadie se chancee de la tropa, ¿me oyes?

—¡Bueno! Tú serás muy español, yo soy más andaluz que Sevilla, pero no quiero comer rancho de cuartel ni que me abofeteen la cara; porque mira tú que los pobres quintos tienen que aguantar mecha para aprender la instrucción. Cada bofetón que reciben tiembla el misterio.

—Eso está muy mal hecho—replicó ~~a~~ Chuquita—pero culpa de ello es que ninguno, cuando vamos al servicio de armas, sabemos de letra, y cuando el hombre no sabe leer ni escribir, tiene cerrada la mollera que algunos entienden, justo abri~~rsela~~ a garrotazos. Por eso yo me despierto, no me duermo sin estudiar y sólo he aprendido lo poquísimo que sé.

—Tienes razón, Chuquita, hablas como Castelar.

+

*aquel*

+

*Hoy*

+

+

+

*en*

+

+

31. *[Handwritten scribbles]*

+ Parece que los pobres no debemos saber más que ser burros de trabajo—exclamó Palitos tristemente.

En el diálogo sostenido por los dos grumetes de rostro moreno, mejor dicho, tostado por el sol y vientos de la mar, se dejaba entrever un reproche a los malos Gobiernos de España, que tiene abandonada la enseñanza tan necesaria para todas las clases sociales. Nada más triste que contemplar esa juventud, vigorosa, materialmente, emigrando del suelo patrio, rumbo al mundo americano, sin saber nada en absoluto de cuanto es preciso para toda iniciación en la vida, analfabetos en su mayoría. De esto se infiere que España, patria hermosa de sabios insignes, descubridora, civilizadora de pueblos en el Nuevo Continente, se la considere atrasada.

a/ La cultura de una nación no se revela por la minoría privilegiada del talento, mientras la masa que constituye el pueblo carece de las nociones más rudimentarias de la primera enseñanza. ¿No es vergonzoso que arrojen las estadísticas un porcentaje extraordinario de emigrantes españoles, incapacitados para otros trabajos que no sean aquellos más rudos por carencia de superioridad mental?

Las consideraciones de Chuquita eran muy acertadas; él aprendía solo porque al parecer no existe una ley que obligue la concurrencia escolar.

Cuando los dos grumetes discurrían sobre este tópico, se les acercó un oficial diciendo:

—¿Ya estáis en disputa?

—Si exponer las ideas se llama reñir—contestó Chuquita, irónicamente.

+ Seguid vuestro trabajo—replicó el oficial,—y dejaos de deliberaciones que no váis a ocupar un escaño en el Congreso.

Miró Palitos al que así hablaba y reprimiendo su coraje, díjole a su compañero:

—¿Lo ves? He ahí porque quiero marchar a un país lejano donde el hombre honrado y estudioso pueda aspirar a la cumbre más alta, conquistándola con propio esfuerzo. Mientras que tú—prosiguió,—apegado a las ideas rancias de España serás siempre Chuquita, el grumete, el proletario! Yo en América lograré cuanto sueña mi fantasía; seré rico y luego enseñaré a los españoles que no

han salido de este suelo, cómo lejos de nuestra Patria se la quiere y se la honra.

La sirena del "Viralta" lanzó un estridente silbido.

Como un pájaro, así de ligero se encaramó el simpático grumete al palo mayor del buque dejando solo a ~~Chiquita~~.

—Cuando tú bajes me treparé yo—dijole a su compañero, mirando por todas partes, receloso de que el Contramaestre pudiera reñirles, viendo que no cumplían su obligación.

—¡Tierra de mi alma!—exclamó Palitos, abarcando con la mirada la belleza incomparable de aquella sultana que baña el Betis, acariciándola con el rumorar de sus ondas cristalinas.

—Oye tú, que viene el Contramaestre—le avisó Chiquita a su ~~compañero~~, sacudiendo la jarcia donde se hallaba encaramado.

—¡No importa!—dijole éste.—Que suba él también porque a ningún hijo le amarga contemplar la hermosura de su madre. ¡Sevilla mía, Dios te bendiga!

—¿Qué haces ahí, muchacho?—le preguntó el Contramaestre citado.

—Déjeme usted, que me siento en la gloria.

—Miras la Giralda, ¿eh?

—Eso y todo; miro mi tierra gitana, que si me alejo de ella no la olvidaré mientras que el cuerpo me haga sombra.

Lentamente, sin desviar la vista del panorama que embellecía el sol como un disco de oro, ofreciendo a Sevilla un beso de amor y fuego, descendió Palitos cantando una canción que llegaba al alma, cuyas notas armoniosas decían ¡Madre!, y otras veces decían ¡Patria!

\*\*\*

Hemos visto que los dos grumetes llevaban buena amistad. Palitos, cuyo verdadero nombre era Quintín, tenía vivacidad y clara inteligencia. Pequeño y desvalido, como tantos niños, desconoció los halagos del cuidado maternal. Hijo del amor culpable fué depositado en el torno de la Inclusa e ingresado luego en el Hospicio, cuando tenía muy pocos años de edad.

Ignoraba, pues, quiénes eran sus padres; amando sin  
 conocerla ni guardar rencores, hacia la mujer que lo dió  
 al mundo, aumentando el número de seres desgraciados.  
 Chuquita, ~~per el contrario~~ tenía padres, a los que ayu-  
 daba con su salario escaso. ¿Que reservaria el Destino a  
 estos muchachos cuyo hogar era el buque, teniendo por  
 alimento el mísero mendrugo que tanto les costaba ganar?  
 Más adelante lo sabremos.

\*\*\*

~~del~~ \_\_\_\_\_

del

34

10/

—Es preciso organizar un mitin en su favor y de protesta por su encarcelamiento, ¿oyes? A mí me parece injusto.

—¡Déjate de tonterías! La política es mala madrastra; por mi parte no pienso meterme en esas cosas.

\*\*\*

En tanto los marineros cambiaban impresiones, como ha podido apreciar el lector, Palitos después de su desayuno mordisqueando un pedazo de pan moreno, con la escoba en la mano, subió a la toldilla para barrerla, encontrando allí al hijo del maquinista.

—Oye, Quintín—le preguntó Alberto, nombre del joven, que fungía como secretario del capitán.—¿Qué demonios te pasa? Tienes una cara!...

—No sé; pero siento un nudo en la garganta, quiero llorar y no puedo!

—Pero si hace un momento cantabas como un canario; ¡porque tú cantas muy bien, chiquillo!—díjole Alberto.

—¿Ignoras—repuso Quintín, o sea Palitos,—que también los pájaros, entre ellos, algunos cantan cuando van a morir?

—¡Vaya, estarás triste!—repúsole el hijo del maquinista,—porque es natural, uno al salir de Sevilla echa de menos su casa y su familia. Yo que voy con mi padre, cuando llega la noche mis ojos son dos fuentes, me acuerdo de mis hermanitas, de mi madre, más buena que una santa, cuanto como nada me aprovecha, todo me sabe mal, porque donde está la sopita que ella me hace y me la sirve en una tazona muy grande, con un olorcillo que ¡vamos! ni en la Gloria la habrá mejor, diciéndome con cariño: "Hijo, cómetela, no dejes ni las zurrapas, que cuando vas en el barco bastante sufre tu estómago", no encuentro nada mejor. Y yo, mira Quintín, beso sus manos, beso su frente, y luego saboreo la sopa que los mismos ángeles, si la probaran, se relamerían los labios. A la hora de dormir, la madrecita de mi alma me bulle las almohadas, reza a mi lado y me arropa como si fuera pequeñito, pidiendo, como sólo saben pedir las madres, a Dios, que al hacerme a la mar con mi padre, no nos suceda nada.

adios, 35

—Eso es lo que se echa de menos, el cariño de lo que tanto se quiere. ¡Pero ya verás, pronto volveremos y de nuevo tú, como yo, vamos a estar más alegres que una pandereta!

Dejó Palitos la escoba arrinconada cerca de un banco de la toldilla, ocultando su simpática cara morena al apoyarse sobre la borda derramando un torrente de lágrimas que desahogaron su corazón.

—¡Oye, qué te pasa?—le preguntó Alberto.—¿Te pones malo?

—Al escucharte—contestó el grumete,—he sentido ganas de morirme.

—Acaso, ¿no es verdad lo que digo?

—Sí, eso es, ciertamente; una madre debe apreciarse como el único tesoro de la tierra, el más grande; pero yo no tengo madre, yo no sé qué desgraciada hembra me echó al mundo—exclamó Quintín con rabia y pena.

—¡Vaya por Dios!—dijo entristecido Alberto. Y sacando un escapulario del pecho, estrechó la mano del infortunado grumete, diciéndole:

—Oye, la Reina de los cielos, cuya imagen llevo conmigo, la Madre de Dios, también lo es nuestra! Cuando te encuentres triste, cuando tu orfandad te desaliente, mira este escapulario de la Virgen de la Esperanza que desde el cielo amparará a cuantos en sus amores confía.

—Pero... ¿te quedarás tú sin él?

—Cuando volvamos de Cádiz mis hermanas que saben mucho de hacer primores, una de ellas hará otro para mí. Este—expresó Alberto,—te lo doy como recuerdo; recíbelo tú así y bésalo devotamente.

La tarde aleteaba cuando el "Viralta" se acercó a la playa de San Lucas, balneario andaluz muy estimado.

\* \* \*

Hace tiempo que dejamos a nuestros protagonistas, preciso será que nos ocupemos nuevamente de ellos. Lucía consiguió que la condesa permitiérale acompañarles hasta el puerto donde tomarían un trasatlántico alejándose de España. Don Fernando, cuya presencia motivó en Lola al día siguiente de su viaje conformidad ante el Destino, acariciaba a Laurita, que al ver a su padre sin bigote decía:

*Compagidísima*

*+ 105/*

—Papá, te pareces a Pedro el cochero del marqués de Silva.

—Niña, es falta de educación hacer comparaciones—manifestó en tono de reproche la condesa.

Ruborizada la pequeña, se fué a un rincón del camarote, ~~gimoteando de espaldas a cuantos en él había.~~

—¡Vamos! dijo Lola a su hermanita;—no es para tanto. Ven, dale a mamá un besó y dila que no lo harás más.

Luego, volviéndose a don Fernando, le preguntó:

—¿No has advertido que viene con nosotros Lucía, papá? ¡Ya ves, no quiso abandonarnos!

—Es muy buena tu institutriz.

—Gracias—repuso la aludida,—yo iría con los señores hasta el fin del mundo.

Se acercaba la hora de cenar. El capitán, amigo íntimo del marqués de Silva, llamó discretamente a la puerta del camarote donde estaba la familia fugitiva.

—¡Adelante!—dijo la condesa.

—¿Cómo va ese valor?—preguntó el marino, saludando a los viajeros.

—¡Regular!—contestó el conde.

—¿No suben para cenar?

Miró la condesa al capitán, como interrogándole si sería prudente hacerlo.

—No hay cuidado—replicó éste,—los pasajeros que van a bordo son ingleses, y nadie sabe nada respecto a ustedes; pero si no quieren, les mandaré aquí lo que gusten.

—¿Cuándo llegamos a Cádiz?—inquirió Lola al capitán del "Viralta".

—Depende del tiempo, señorita; anoche tuvimos viento contrario.

Cuando se retiró el ~~citado~~ marino, después de tomado el refrigerio que les mandara a nuestros personajes, éstos se acostaron, sin que Lola ni sus padres lograran dormir cinco minutos.

Muy de mañana, al día siguiente, subió la condesa, cuyo título no debía ostentar en adelante, a la cubierta del brazo de su marido. Densas nubes cruzaban los espacios, como presagio de borrasca.

—¿Estás más tranquila?—preguntó don Fernando a su esposa.

37

*177 11*

*+*

*+*

—Cuando te vea fuera de peligro, lejos de España, entonces recobraré la calma que perdí.

—Es preciso, Amalia mía, hacer frente al Destino. ¡Atrás queda todo! Nuestro buen administrador nos espera en Cádiz, quien estará siempre a las órdenes del marqués de Silva. Yo—prosiguió don Fernando,—nunca supe el monto del capital que tenemos. Salustiano asegura que nuestra fortuna es cuantiosa y por mucho que de ella se gaste, no se la dará fin tan pronto.

—Sí; pero acuérdate de que cobren a tantos que te adeudan, porque si fuera gente infeliz, bueno que les perdonaras sus débitos, pero derrochadores y fastuosos como son todas esas personas, sería necedad que se quedaran con lo que es legítimamente tuyo.

—Todo eso y más, no ha de arruinarme. Lo principal es que ya estamos en marcha, que yo viviré alejado de cuanto te ha hecho sufrir la política, Amalia querida, viviendo para nuestros hijos y para tí, que tanto mereces, sobre todo, donde haya libertad de pensamiento.

—Libertad, dices? Tú crees que verdaderamente son libres las Repúblicas hispano-americanas?

—Por lo menos, constitucionalmente sí.

—Pero en la práctica no. Dictadores tuvo el mundo colombiano que fueron terror de aquellos pueblos. Ojalá que lejos de España—agregó la dama,—no tengamos que lamentar algún día este abandono que por mi propia insinuación hacemos de nuestra Patria.

—¡Dios lo quiera!—repuso don Fernando, sentándose al lado de su esposa.

Aquel matrimonio era modelo de unión conyugal. Respetábanse mutuamente, considerando que el respeto es base de cordialidad y de mútua transigencia. Cuando el amor no identifica a las almas unidas por el sacramento del matrimonio, plataforma y origen de la familia legítimamente constituída, es imposible preparar a las generaciones venideras, que surgirían según la vida moderna, extravagantes, alentando vicios que parecen virtudes y que tienden a desvincular los lazos de la humanidad doliente, olvidadiza de aquel precepto divino que ordena: "Amaos los unos a los otros".

88

+

\*\*\*

Como queriendo preguntar a las nubes algo respecto del incógnito que guardaba para ellos la suerte, doña Amalia, ~~con cuyo nombre la llamaremos en adelante~~ elevaba su mirada a los cielos que vestían un manto de tristeza. De pronto la voz de su hija Lola, llegó a ella des-pavorida, gritando:

—¡Papá, papá! ¡Mamacita mía! ¡Qué horror, qué horror, Dios de mi alma!

—¿Pero qué es ello, qué sucede?—preguntaron sus padres saliéndole al encuentro.

Lola no podía hablar. Temblando señaló hacia proa, donde el grumete Chuquita colocaba una bandera negra al grito de: “¡Fuego, fuego!”

—Fernando—dijo doña Amalia,—ve por nuestra hija, corre, trae a Laurita! Avisale también a Lucía. ¡Oh, qué desgracia! ¡Qué mal comienzo de viaje!

En el “Viralta” todo era desorden, turbación, espanto! El capitán, desde su puesto, daba las instrucciones del caso, viendo, como también los pasajeros, una columna de humo intensa que ascendía de la bodega, esparciéndose por la cubierta.

—¡Mi hija, mi Laurita!—gritaba doña Amalia, dirigiéndose a la cámara en el momento en que su marido llevaba a la pequeña desnuda casi, envuelta en un cobertor y seguidos por Lucía.

El olor a madera quemada, era asfixiante, insoportable. Como estaban cerca de tierra, todos gritaban: “¡Favor socorro!” Pero los lancheros, temerosos de que estallara la caldera del “Viralta” se alejaron rápidamente.

—¡Cobardes!—les decía don Fernando.

—¡Calma, calma!—gritaron los oficiales de a bordo.—Que los botes salvavidas ya están listos!

Palitos, el simpático grumete que ya conoce el lector, se dirigió a don Fernando, ya en uno de los botes lanzados al mar, diciendo:

—Señor, yo le llevaré a tierra con su familia; cójanse a esa sogá.—Y la tiró, amarrándola otro marinero a la borda. Entonces todos se instalaron en la lancha salvadora, cuantos en ella hallaron lugar.

Un hombre cargaba sobre las espaldas a los que huyendo del fuego abandonaron el buque, dejándolos sobre la arena de la playa, algunos pasajeros vestidos únicamente con ropas de dormir. Lejos ya advertían las manos de la tripulación para extinguir el incendio. La sirena del "Viralta" no dejaba de lanzar sus agudos pitidos, solicitando auxilio constantemente. En un ventorrillo cercano a la mencionada playa, entró con su familia don Fernando, quien trataba de infundirles ánimo ante la desgracia que comenzó a mostrar su mano cruel.

Doña Amalia estaba pálida como una muerta.

—¡Mal principio de viaje!—repitió tristemente.

—No te apures así, mamá—repuso Lola, abrigando a la niña, que muda de terror, no hablaba ni palabra.

—Señores, no es el caso grave—dijo Palitos, que había ofrecido sus servicios a nuestros amigos.—Dentro de una hora volveremos a bordo.

Muchos comentarios se hicieron respecto a la cobardía de los que viendo a tanta gente en peligro, con egoísmo inexplicable negáronle auxilio.

—Indignos son de llamarse españoles—expresó Lola muy enfadada.

—El egoísmo—repuso don Fernando,—es una planta dañina, cuyas raíces se han extendido por todo el mundo.

—Sí, pero en nuestra patria no es lo corriente mostrar, se inhumano—contestóle su esposa,—aunque el instinto de conservación sea lógico y natural.

—¡Qué horror, señora—añadió Lucía,—si hubiera ventado la caldera.

—Ese fué el miedo de los lancheros—repuso don Fernando;—pero felizmente nos hemos salvado.

—¡Pobre mi Laurita—repuso su esposa, preguntando a la pequeña:—Hija, ¿tienes frío, verdad?

*dijo doña Amalia*

...

—¡Pero cómo se produjo el incendio?—preguntó a Palitos don Fernando, viendo con la destreza que remaba, para conducirles al "Viralta" nuevamente.

—Alguno—contestó el marinerillo—tiró a la bodega una punta de cigarro encendido y como llevamos mucha carga inflamable esa debe haber sido la causa del fuego.

—¡Ya no nos quemaremos, papá!—inquirió Laurita, cogiéndose del bote fuertemente por temor a caerse al agua.

—No, hija mía, no—le contestó su padre.

El humo del incendio aún flotaba bajo las nubes perdiéndose en el azul. Palitos, por su destreza en auxiliar a los viajeros y buen agudo se conquistó la simpatía de los mismos, recogiendo buenas propinas. Mientras remaba vigorosamente tratando de olvidar sus penas, de las que ya se ha enterado el lector, se puso a cantar una copla lastimera, sentimental llena de emotividades.

—¡Qué hermosa voz tiene este muchacho!—dijo Lola a su madre.

—Verdad es—contestó doña Amalia.

—Merecería que se la educara—objetó Lucía, atenta a la romanza que cantaba el grumete.

—Oye, ¿cómo te llamas?—le dijo don Fernando.

—Quintín de la Caridad, (alias) Palitos.

—¿Tienes madre?—le preguntó Lola.

—No, señorita—repuso él, tristemente, dibujando en sus labios una sonrisa dolorosa.

—¡Ay, pobrecito!—exclamó Lucía, quien le interrogó también:

—¿Tardarás mucho en llevarnos al “Viralta”?

—Vamos todo lo ligero que es posible, pero ya ve usted, la mar está revuelta y me veo obligado a ir contracorriente. Además—repitió Palitos,—no sé lo que me pasa; me faltan las fuerzas por momentos, los brazos me pesan mucho.—Luego añadió con transición repentina.—Estoy mirando al señor y si el conde de Cifuentes no estuviera preso, diría yo que es el mismo en persona. ¡Vaya si se le parece!

—¿De veras?—dijo azorada doña Amalia.

—¡Y tanto!—~~Ya lo creo!~~ sólo que el señor conde usa bigote.

—¿Tú le conoces?—le preguntó el aludido, mirándole fijamente.

—Ví en los diarios su retrato y por lo que se dice es un gran republicano. Yo también lo soy. Para escucharle cuando habló en el Centro de la calle del Torrejón, me escapé del Hospicio, pero no pude llegar hasta donde él estaba; había un mundo de gente. Desde entonces, temeroso que al volver a ese asilo donde van tantos huérfa-

S

ando

nos de la fortuna me castigaran, ~~ando~~ como una bala perdida dispuesto a enfrentarme con la suerte. Pero... ya llegamos, perdonen ustedes que les haya molestado contándoles algo de mi penuria.—dijo Palitos, arrimando el bote salvavidas a un costado del "Viralta".

El capitán y los oficiales recibieron a los pasajeros ~~atados~~, comunicándoles que ninguna desgracia personal había ocurrido, aunque los daños materiales no eran de poca importancia. Cuando todo se normalizó llevando anclas dicho buque, Palitos gorra en mano se presentó a don Fernando, quien comentaba con su familia el percance que sufrieron.

—Señorito—díjole el mencionado grumete,—poco valgo; pero si ~~en algo~~ puedo serles útil, aquí me tienen ustedes como el último de los que vivimos entregados en este barco a la vida azarosa del mar.

—¡Hombre!—repuso doña Amalia,—me alegro de verte tan cumplido.

—Nosotros—dijo don Fernando,—de poco hemos de valerte porque nos marchamos lejos, ¡muy lejos de España!

—¿Para dónde van los señores?—preguntó con interés el muchacho.

—A tierra mexicana, a la bella Nueva España—repúsole el conde.

—¡Dichosos sean! Es mi sueño dorado—contestó Palitos,—irme a la América, librándome de quintas y probar fortuna; pero ese país está muy distante y para llegar a él se necesita mucho dinero que no tengo.

—Yo conozco a una familia—contestó Lola,—que tal vez te llevaría consigo. Esto es, si tú puedes comprobar una conducta honrada.

—No necesito más que el capitán quiera recomendarme—contestó el grumete, vislumbrando un rayo de esperanza.

—Eso basta—díjole doña Amalia.

—¡Ya lo creo! El capitán de este barco sabe—repuso el primero,—que Quinillo, o Palitos, el hijo de la noche, el pobre cunero solo en el mundo, desea hacerse un hombre de provecho; no para sí únicamente, para todos los que necesitaran de mí, servirles, compartiendo el pan de

cada día que yo ganara lejos de mi patria con los desventurados que sufren las miserias de la vida.

—Si el capitán te recomienda, entonces es seguro tu viaje—insistió Lola, mirando a su padre.

—Yo trabajaría en México—replicó nuevamente el marinerillo,—hasta hacerme rico, y luego volvería a nuestra querida Sevilla; buscaría a mi madre que si es buena y vive, en mí tendría un hijo que la ha perdonado porque no sé qué causas la llevaron para tirarme al torno de la Inclusa. Si no la encuentro, seguiré queriéndola como hasta ahora, rezando por ella como se reza por un muerto para que Dios también la perdone.

Aquel lenguaje lleno de nobieza revelaba en Quintín que a pesar de no tener un apellido legítimo, por sus modelos que hablaban alto en su favor, pertenecía a otra clase social más elevada.

—Está bien; muy bien dicho—contestóle don Fernando. —Anda, ve en busca del capitán, llámale, quiero hablarle y cuenta que has encontrado quien te ayude para realizar tus deseos.

—¡Gracias, señorito, muchas gracias! ¡Que Dios se lo pague a usted!—contestó el favorecido por el conde, dando vueltas a su gorra que tenía en la mano, sumamente emocionado, retirándose para buscar al capitán ~~x~~ volviendo con éste donde se encontraban sus protectores.

—¿Cómo pagarás—díjole su mencionado jefe hasta entonces,—tanto bien?

—Siendo agradecido y laborioso para que, los que me prestan apoyo ~~y~~ no se arrepientan nunca de haber dado la mano a un grumete que supo soñar muy alto, que vivió mucho tiempo confiando sus dolores a los mares, a los vientos y a los cielos, bajo cuya techumbre azulada pasó muchas noches ~~llorando~~ el sueño que hoy realiza.

*suspirando, por*

\*\*\*

—¡Qué bueno eres, papá!—díjole a don Fernando Lola.

—Tu madre—repuso él,—me inspira cuanto yo hago. La desgracia reclama alguien que no deja avanzar sus pasos, porque el bien que se hace es como la semilla buena, da frutos buenos.

*don*

—Para mí—replió su hija mayor,—esos frutos han sido siempre la gratitud y bendiciones de los pobres.

Así hablando, divisaron las luces que anunciaban el puerto de Cádiz.

—¡Despierta, nena!—decía Lola a su hermanita, contemplándola cariñosamente, como un ángel dormido en la ~~faldita~~ de su madre.—¡Oye, oye, despierta! ¡Mira, ya llegamos! ¡Qué dormilona!

*los brazos*

Restregándose los ojos la pequeña, dirigió la vista hacia el muelle de Cádiz, denominada dicha ciudad “la tacita de plata”. Quinito, como le llamaremos en adelante, se presentó a nuestros amigos, dispuesto a recibir órdenes. En una lancha se dirigieron todos a tierra, donde impacientes les esperaba el Administrador de don Fernando, quien sabía lo ocurrido, relatado por la prensa.

Era este nuevo personaje que presentamos al lector, un caballero como de sesenta años, don Salustiano Verdiés, cuyo era su nombre, desde joven prestaba servicios al lado de su padre en casa de los condes de Cifuentes. Hombre de honradez probada, vasta cultura y noble corazón, lloraba la pérdida sufrida últimamente de su esposa, quien le dejó varios hijos, dedicando al menor toda la afectividad de sus amores. Después de saludar a don Fernando y su familia, dijo:

—He estado intranquilo desde ayer, cuando corrió la voz de que se había incendiado el “Viralta”.

Y reparando en Quinito, creyéndolo uno de los marineros de a bordo, fué a darle unas monedas diciendo:

—¡Toma y lárgate!

—¡Ca! Si yo vengo con los señores para no separarme de ellos mientras me quieran y yo pueda servirles—replió él, con aire de triunfo.

En pocas palabras, dió cuenta el conde a su Administrador de cuanto ya sabemos. Una vez instalados en el alojamiento que éste les proporcionara, dijo doña Amalia:

—¡Gracias a Su Divina Majestad, por fin llegamos, qué cansada me encuentro!

—¿Cuándo sale el barco para México?—preguntó Lola a don Salustiano.

—Dentro de ocho días—repuso aquél, entregando los pasajes a su principal.